

bajo la luz de alteridad o autodiferenciación en relación al Padre; la idea del Espíritu de Dios es entendido como campo de fuerza (en sentido amplio) más universal.

En la cristología, que Pannenberg considera nuclear para la vida cristiana, sugiere que el comportamiento «kenótico» del Hijo como Cristo está en continuidad con su autodiferenciación como Hijo con respecto al Padre, ya que la segunda etapa de esta alteridad es la comunión con el Padre a través de la obediencia. El autor no se detiene, sin embargo, en la significación del momento culmen de la kénosis, la Pasión y Muerte, y al referirse a la última Cena la presenta con débiles trazos sacramentales: como un símbolo del misterio de pertenencia al Reino de Dios.

En conclusión: la obra da la impresión de una búsqueda sincera de la verdad, y tiene como mérito una apertura a las grandes tradiciones espirituales de la cristiandad. En algunos momentos la capacidad del autor para el pensamiento original, junto con cierta tendencia a la exégesis liberal, tienden a eclipsar datos de la tradición o la Escritura, y por tanto plantean posturas discutibles (p. ej. la interpretación del Espíritu Santo). Como es lógico, tampoco goza del punto de apoyo que pudiera proporcionar un Magisterio eclesial.

J. Alviar

Francis A. SULLIVAN, *Salvation outside the Church? Tracing the History of the Catholic Response*, ed. Paulist Press, Mahwah (New York) 1992, V + 224 pp., 15 x 23.

La expresión «fuera de la Iglesia no hay salvación» ha suscitado interpretaciones polémicas, como la que llevó a

cabo L. Feeney en 1949, y que motivó la intervención doctrinal del entonces Santo Oficio puntualizando la versión rigorista del jesuita norteamericano. El Concilio Vaticano II, como es sabido, formuló la misma doctrina contenida en el axioma tradicional en términos positivos: la Iglesia es necesaria para la salvación. Para el A., la doctrina del Concilio Vaticano II cumple el deseo de Juan XXIII, cuando distinguía la sustancia de la doctrina tradicional y la manera en que se presenta este depósito de la fe. En su opinión, los condicionamientos históricos son muy relevantes para comprender la sustancia de fe de la expresión «fuera de la Iglesia no hay salvación».

El Prof. Sullivan ofrece en este libro una síntesis histórico-doctrinal sobre el sentido de la célebre expresión, para intentar elucidar el *sentido* que estas palabras tenían tanto en la antigüedad cristiana como en la edad media y tiempos posteriores, de manera que podamos situar correctamente el contenido dogmático de esa expresión: «es mi convicción de que en ella hay un contenido de fe, a saber, la creencia de que Dios ha asignado a la Iglesia un papel necesario en el cumplimiento de su plan para la salvación de la humanidad. En las diversas condiciones en que la Iglesia ha vivido su historia, la creencia en su necesidad para la salvación ha llevado a los cristianos a expresar su fe de diferentes maneras, dependiendo mucho del juicio que los cristianos estaban condicionados a expresar acerca de las personas que no compartían su fe. Si no me equivoco, lo que ha cambiado en el curso del tiempo no es lo que los cristianos han creído acerca de la necesidad de estar en la Iglesia para la salvación, sino más bien el juicio que hacían sobre quienes estaban fuera» (p. 13).

El libro del Prof. Sullivan describe bien el marco histórico y el contexto

del sentido del axioma a lo largo de los siglos hasta llegar al Concilio Vaticano II. También se ocupa de la teología posterior, especialmente la interpretación rahneriana del «cristianismo anónimo» con las discusiones críticas que suscitó.

Quizá hubiera venido bien un capítulo final sistemático. A nuestro juicio, la interpretación de esta expresión ha de conjugar la objetiva necesidad del bautismo (Iglesia) para la salvación junto con la voluntad salvífica universal de Dios. Esto implica una reflexión sobre las disposiciones subjetivas de las personas. A la vez, el estatuto eclesiológico de la salvación significa que toda salvación se da en y por la Iglesia, de manera que el axioma no juzga quién se salva sino cómo se salva: allí donde hay salvación hay pertenencia a la Iglesia, de manera diversa a la incorporación visible y social, por lo que el axioma mantiene su sentido dogmático tradicional.

J. R. Villar

Jos E. VERCRUYSE, *Introducción a la teología ecuménica*, ed. Verbo Divino, col. «Introducción al estudio de la teología» n. 11, Estella 1993, 184 pp., 15 x 23.

Se trata de una exposición de la cuestión ecuménica, mostrando sus presupuestos y relevancia en el interior de la fe cristiana y de la vida de la Iglesia. Se enmarca dentro de la colección de breves introducciones teológicas preparada por profesores de la Universidad Gregoriana, y editada en el ámbito hispanoparlante por la editorial Verbo Divino, de Estella (Navarra).

La naturaleza de esta introducción al ecumenismo es fundamentalmente informativa: se trata de un primer acercamiento para iniciar, tanto histórica co-

mo teológicamente, en la reflexión sobre el ecumenismo. De ahí que el prof. Vercruyse trata muchos temas diversos, ofreciendo unos datos elementales de cada uno, de manera que, en poco espacio, pueda el lector profundizar ulteriormente por medio de otras lecturas personales. Los temas son variados: la «geografía» de las divisiones cristianas; las diversas confesiones cristianas surgidas con las separaciones; el sentido cristiano de la tarea por la unidad; el movimiento ecuménico contemporáneo, y la actitud de la Iglesia católica; los diálogos bilaterales; los «modelos» de unidad propuestos y sus valores y limitaciones; la teología del ecumenismo, o materias claves del diálogo.

Se echa en falta algún tema importante, como es el caso del «unitismo», de gran actualidad en estos momentos para el diálogo entre Iglesia Católica e Iglesia Ortodoxa. También hubiera sido interesante un comentario detenido, al menos sobre sus principios básicos, del Decreto «Unitatis Redintegratio» del Concilio Vaticano II, que pasa bastante desapercibido en la estructura del libro. En cambio, resultan logradas las páginas dedicadas a los temas teológicos de mayor relevancia en el actual diálogo ecuménico, aunque el autor mantiene el tono marcadamente informativo, sin excesivo análisis personal. Probablemente, las limitaciones de espacio tienen mucho que ver con estas ausencias. Una pequeña errata tipográfica: en pp. 26 y 94 se habla del año 1504 en lugar de 1054 (al referirse al momento de la separación entre Iglesia Católica y Ortodoxa).

El lector, en definitiva, podrá iniciar con este libro su propio camino de adentramiento en el ecumenismo, aunque habrá de echar mano de otras lecturas complementarias.

J. R. Villar